

MeSamorfosis

Memorias de un artesano del humor

JUAN CARLOS MESA



libros del
Zorzal

MeSamorfosis

Memorias de un artesano del humor

JUAN CARLOS MESA



libros del
Zorzal

Juan Carlos Mesa

Mesamorfosis

Memorias de un artesano
del humor



libros del
Zorzal

Mesa, Juan Carlos

Mesamorfosis : memorias de un artesano del humor / Juan Carlos Mesa; prólogo de Carlos Ulanovsky. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2015.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-599-444-7

1. Memorias. 2. Memoria Autobiográfica. I. Ulanovsky, Carlos, prolog. II. Título.

CDD 920

Diseño de tapa: Juan Pablo Cambariere

© Libros del Zorzal, 2015

Buenos Aires, Argentina

Printed in Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de este libro, escribanos a: <info@delzorzal.com.ar>

También puede visitar nuestra página web:

<www.delzorzal.com>

Índice

[Un, dos, tres, ¡*sketch*!](#) | [5](#)

[Travesuras de ayer y hoy](#) | [11](#)

[Con los grandes protagonistas](#) | [74](#)

[Mesamorfosis](#) | [125](#)

[Anexo fotográfico](#) | [158](#)

*A Edith,
mi novia, mi esposa, mi amiga,
la madre de mis hijos, la mujer de mi vida.*

Un, dos, tres, ¡*sketch*!

He aquí el libro de alguien que durante sesenta años (o tal vez más) les dio letra brillante, vivaz, oportuna a voces ajenas y que hoy retoma y reordena palabras y recuerdos para referirse a sí mismo.

El autor de este libro encantador fue flaco y lungo. A los 84 años, cosas de la involución de las especies, algún que otro centímetro debe haber dejado en el camino, pero sigue grandote y es gordo. Fue el Flaco Mesa, así como en un determinado momento (nada de discriminación, estricta justicia visual) pasó a ser el Gordo Mesa. Y él, que tuvo hijos y plantó árboles, escribió un libro que lo representa y explica.

Criado en el argentino concepto de que las cosas hay que hacerlas aunque sea mal, hizo de todo y, desafiando el aserto, las hizo casi todas bien, en especial porque de cada una, aun de las fallidas, aprendió un poco. La prueba está en esta memoria de su tan extensa trayectoria. Se hizo de abajo, a chiste por minuto, convirtiendo en pan familiar los chascarrillos de cada día, a mil gags por hora. Laburante y remador, artesano y rimador, se formó humanamente en la vida provincial de mitad del siglo pasado y se moldeó profesionalmente en la radio inolvidable y única de los años cincuenta. Juan Carlos saca diez en esta prueba escrita singular, en la que revela que nada de lo vital y sensible le resulta ajeno, que fue capaz de ilustrar cada uno de sus pasos, privados y públicos, con una confesión, con una anécdota, con una broma.

El hijo de don Diego, dueño del almacén Casa Currito, heredó de él su prosapia refranera. El hijo de doña Deidamia incorporó a sus genes su función de “entretenedora”. Y de los que lo trajeron al mundo, que mezclaban con sabiduría sus respectivas estirpes campesinas e inmigrantes, obtuvo un mundo gigantesco en gracias y práctico en recursos. Es lo que hoy lo lleva a decir: “Yo todo lo aprendí mirando”.

El Loto (así lo llamaban de chico) exhibió su chapa de diferente cuando los de su edad recitaban de memoria la formación de sus equipos de fútbol preferidos, y él, en cambio, recitaba a Rubén Darío y Almafuerte: “Era tan bueno escribiendo, que los sonetos me salían de doce versos”, ironiza. La

primera vez que viajó de Córdoba a Buenos Aires era un preadolescente, y fue para recibir un galardón. En el concurso radial *El Gauchito Mejoral* había salido primero escribiendo un acróstico para su mamá, que leyó, en vivo, en el auditorio de LR3 Radio Belgrano. Antes de convertirse, micrófono mediante, en el despertador de los cordobeses, ganó otros concursos de poesía, escribió glosas y continuidades para numerosos programas, fue presentador de la orquesta típica del maestro Lorenzo Barbero y, en especial, afectuoso cómplice de su hermano nacido Edgardo pero apodado el Gringo. Junto a él o solo, allá en Córdoba cumplió con todos los escalafones del guionista y conductor radial, de la propaladora a la gala en algún estudio de la época de oro.

Y, como era natural y previsible, un día partió a Buenos Aires. En relación con este punto y con su trayectoria, sería desaconsejable y absolutamente imposible hacer una descripción en un prólogo. Fundamentalmente porque todo se cuenta en el libro. Pero, en síntesis, quien desde joven había sido compositor de letras de tango y de folclore escribió memorables ciclos de televisión y de radio; fue el autor de obras de teatro y guiones de cine y, como si fuera poco, también brilló como intérprete. ¿Con quién le habrá faltado trabajar a Mesa? Un día, alguien le dijo, como chanza: “A vos sólo te falta escribirle a Diego de la Vega, El Zorro, y al sargento García”. Y hasta eso se le dio, porque él fue el autor cuando un canal los contrató para hacer temporada en Argentina.

Persona con inclinaciones de alumno permanente, confiesa haber aprendido de Pepe Biondi y de Don Pelele, de Héctor Gagliardi y de Toto Maselli, de Luis Sandrini y de Luis Arata. Testigo de épocas nada sencillas aunque, en ciertos aspectos, más cándidas y previsibles, el libro es también una puesta al día de registros afectivos, de oportunos reconocimientos y de observaciones para quienes fueron y son sus amigos y referencias, los de la vida y los del trabajo. Ahora puede contar con gusto que dos de sus hijos y un nieto continúan su actividad. Y hablando de cercanías y lejanías, el Flaco Mesa fracasó en un intento comercial (un supermercadito en Córdoba con un socio), pero el Gordo Mesa triunfó en el amor. El libro se lo dedica a Edith, socia en afecto continuo.

Una advertencia. En toda su larga parte final, Mesa nos depara una sorpresa mayúscula, pone en nuestro camino un artefacto explosivo que, como no nos mata, nos hace crecer. Es una ficción que le da título al libro,

un imperdible alegato de actualidad que permite comprender ciertas cosas que nos pasan (e incluso que no nos pasan) y que, en ocasiones, nos hacen sentir muy solos. Un texto enjundioso que de imaginario no tiene nada.

Juan Carlos se vale de *La metamorfosis*, el cautivante y durísimo libro de Franz Kafka, que utiliza la metáfora de la espantosa transformación de un hombre en un escarabajo para condenar aspectos de la vida actual (el libro fue escrito y publicado entre 1912 y 1915). ¿Quién no se sintió un insecto ante alguna grave incompreensión fuerte e injusta? Desconozco —y tampoco se advierte con claridad en el libro— si Mesa sufrió alguna clase de degradación profesional, un ninguneo que lo hizo padecer. No sería algo extraño conociendo a los bueyes que aran su ambiente.

En su *Mesamorfosis*, cuenta lo que le sucede al autor de una tira televisiva llamada *La familia unida*. Por sugerencias de quienes lo atienden (sin ponerle atención alguna, en realidad) y para sobrevivir a las nuevas exigencias de la época, debe modificarle el título por *La familia biodegradable*, cambiar la naturaleza de sus personajes y disimular su identidad bajo el nombre de Gregorio Samsa, el mismo del desdichado protagonista del libro de Kafka.

En este caso, el infortunio es que nada de lo que el autor había conocido queda en pie. Poderosas productoras privadas deciden lo que antaño se resolvía en los canales; la figura del director artístico fue remplazada por la del gerente de contenidos y ya no queda un propietario al que se podía llegar con el solo filtro de una secretaria; ahora es atendido por un CEO desconocido e infranqueable. Mesa lo resuelve con gracia, y con ironía desafía la hostilidad generacional y la decisión de ignorar las jerarquías no arbitrarias, sino ganadas con justicia y con trayectoria. Debe ser por eso que, mientras lo leía, el libro también me hizo rodar alguna que otra lágrima.

Pero más que nada me arrancó muchas sonrisas. Y por eso pensé que, cuando el libro apareciera, debería estar acompañado por un Juan Carlos Mesa para llevarse a la mesita de luz, que tenga la función de despertarnos, cada mañana, con un chiste distinto, de los miles que escribió en su vida. Yo lo compraría.

Carlos Ulanovsky

Hubo un día que quise ser otro. Y aquí lo cuento. Pero entre tanta, pero tanta gente que me ayudó a contarlo, están los que creyeron en mis ganas de ser siempre yo mismo. A ellos, mi profundo agradecimiento: Leopoldo Kulesz, Daniel Divinsky, Federico Juega Sicardi, Carlos Ulanovsky, José Narosky, Gustavo Yankelevich, Félix Garzón Maceda, Daniel Rodríguez, Pablo Rodríguez de la Torre, Arq. Gonzalo Vivián, Jorge Ignacio Vaillant, Fernando Marín, Carlos Montero, Héctor Maselli.

Travesuras de ayer y hoy

Lo único que me faltaba...

Tener un hijo, plantar un árbol, escribir un libro. He aquí un punto de partida. Escribir mi libro, el de la vida propia, es lo que me faltaba después de haber escrito, durante más de medio siglo, libros para vidas prestadas. Porque al hijo lo tuve cuatro veces, pero fue siempre uno distinto, claro; de haber sido el mismo, no creo que se hubiese animado a reincidir. El libro en cuestión no podía quedar como una asignatura pendiente, porque se iba a tratar de mis memorias y todavía quedaba tiempo para buscarle otro final. De todos modos, conocía de antemano su prólogo, con una dedicatoria a Edith —la mujer que amo— como una retribución, puesto que ella fue quien me dedicó en su momento los cuatro hijos con palabras mucho menos elegantes, pues los estaba pariendo. Con respecto al árbol, planté cierta vez una palmera en un patiecito de dos por dos y al fondo de un chalecito que teníamos en Mar del Plata. El del vivero me dijo que si bien algunas especies de las monocotiledóneas podían alcanzar hasta veinte metros de altura, la que me vendía era pigmea y no iba a sobrepasar los noventa centímetros. También recuerdo que me recomendó no comprar tierra negra, ya que por su característica tropical lo mejor era rodearla con un poco de granza que podía conseguir en cualquier corralón o cantera de la costa. Mi experiencia de plantar un árbol pudo haber sido causa de divorcio. Primero porque el tipo del corralón me preguntó por teléfono cuántos metros de granza quería, y yo, sin tener la menor idea, le dije: “Y qué sé yo..., serán tres metros, tres metros y medio...”. A la mañana siguiente mi mujer me despertó para urgirme que me quejara a la Municipalidad porque un camión volcador había tapado el porche y la vereda con piedras. Hasta ese momento, yo ignoraba que con tres metros y medio de granza se podían alfombrar los canteros de la plaza Colón. Paso por alto el descalabro que fue reducir las proporciones para rodear la palmera. Lo que no pude pasar por alto, ni yo ni nadie, fue la palmera pigmea que, sin dar ni palmitos, ni dátiles, ni cocos, creció hasta casi diez metros asomando por sobre todos los tejados de la manzana. Cuando alguien preguntaba por dónde se iba a Playa

Grande, o a Mogotes, la referencia era: “De la palmera aquella, para acá o para allá”. Mi primer árbol fue referencial como el obelisco, y los guías de turismo lo habían incluido en el circuito anunciando en los buses: “Esto que ven a la izquierda es el famoso chalet Los Troncos, y aquella palmera que asoma a la distancia es de la casa del Gordo Mesa”.

No obstante, el apotegma, aforismo o como se llame estaba cumplido a medias; esto es, planté el árbol, tuve el hijo, pero me faltaba el libro. Aquí está. Te lo presento, querido lector, porque mucho antes te conté mis ficciones; primero, como a un oyente, y luego, como a un televidente. Ahora pretendo atraparte como lector, pero ya no de ficciones, porque eso pertenece a la gloria de Borges. Para poder encontrarle un sentido a este correlato, voy a echar mano a uno de los tantos neologismos que le da entidad a una historia cuando no tiene pies ni cabeza: el *flashback*. Cualquier guionista que se precie justificará ir de atrás para adelante y de adelante para atrás con su relato a través del *flashback*. Y esto me permitirá encontrar el final, el de mi vuelta al trabajo cuando ya era tiempo de retirarme. No es mala idea: el *flashback* es una técnica que ya usaba mi abuela malagueña cuando mi abuelo se iba al cortijo para la cosecha de aceitunas, y ella, que se había enterado de lo de Penélope, le tejía de día una bufanda de lana y se la destejía a la noche para tornar a tejerla a la mañana siguiente.

Esto del tejido viene a cuento porque me lleva a los primeros años de la televisión en Córdoba. Hasta ese entonces, mi vieja tejía crochet mientras escuchaba por radio el teatro *Palmolive del aire*. Pero con la tele, que en un principio era experimental, mi madre tejía mirando la señal de ajuste. Para mi vieja era como seguir un molde de la revista *Labores*. En mi casa, el centro de mesa, la carpeta de la cómoda y los visillos de las ventanas estaban simétricamente tejidos al crochet con la figura de la señal de ajuste. Esa marca fue como un signo, un anticipo de lo que significaría para mí años después trabajar en esa fábrica de ilusiones.

La radio había dominado aquella década con las novelas y los distintos programas que nos llegaban “en cadena” desde Buenos Aires. Del aparato Berna con seis válvulas, mi padre había pasado a una RCA Víctor onda corta y larga que venía con ojo eléctrico. Aquello era todo un acontecimiento, no sólo para mi familia, sino también para algunos vecinos que solían decir: “Esta noche, cuando entre la cadena, vamos a ir a la casa de don Diego, que tiene radio con ojo eléctrico”.